

TODA LA VERDAD SOBRE EL ORO DE MOSCÚ

SEGUN opinión de expertos financieros occidentales, en este momento la gente más preocupada por el oro de Moscú son los rusos, cuyas reservas, a ojo de buen banquero, están entre dos mil y dos mil setecientas toneladas de metal. Este dato absolutamente incorrutable, puesto que la estadística soviética, más bien lenta, facilitó los últimos datos sobre reservas auríferas hace cuarenta y un años, se basa en evaluaciones sobre producción minera, ventas en el exterior, donde el oro salva el foso monetario-ideológico dólar-rublo, y fuentes de inteligencia.

El oro de Moscú preocupa bastante a Moscú, porque es su principal arma de transacción en el exterior, su mecanismo para comprar tecnología o cereales occidentales cuando lo precisa, o para adquirir divisas capitalistas cuando precisa capital capitalista. Además de importante, el oro de Moscú es abundante. La bromista geología ha puesto en cabeza de la producción mundial a la Rusia leninista y a la Sudáfrica que muele a palos a los trabajadores de sus minas de oro cuando salen de las galerías.

Pasando sobre el secreto burocrático que rodea al principal mecanismo monetario soviético, los expertos occidentales creen que la producción aurífera siberiana oscila entre trescientas y cuatrocientas toneladas al año, lo cual, si no habla demasiado bien la precisión de la inteligencia, es indicativo. Lo suponen así basándose —nuevamente— en factores de explotación y en factores de ventas rusas en el exterior.

El oro de Moscú circula muy bien en el Occidente inflacionista. Como la madre Siberia es generosa y las planificaciones son inflexibles, cuando la cosecha sale mal en las tierras negras de Ucrania, los franceses, que, como se sabe, tienen los colchones llenos de «napoleones» de oro, porque han perdido la fe en el Fondo Monetario

Internacional, se ponen a temblar al mismo ritmo que los responsables agrícolas del plan quinquenal soviético que corresponda. Porque ocurre que, como en 1974, el precio internacional del oro cayó de 190 dólares la onza a 135 al vender los soviéticos sus toneladas fuera de casa. En 1973, Moscú había vendido 330 toneladas en un momento en el que los granjeros franceses casi flotaban en el aire cuando dormían, arrullados por sus monedas. Entonces el precio cayó de 130 dólares la onza a noventa dolarecetes.

Finalmente, en 1976 la falta de diálogo entre rublos y divisas motivadas por la plusvalía, forzó hacia abajo el precio internacional del metal de casi 200 dólares onza a los alrededores de 130 a que se cotiza ahora. No fue sólo el oro de Moscú, pero el oro fue un factor. La subida, agregan fuentes financieras, había estado relacionada con el hecho de que el oro de Moscú había circulado poco en los países plusváticos en 1975. Sólo unas 140 toneladas. Como los mercaderes capitalistas esperaban la aparición de casi trescientas, la emoción y la escasez hicieron de nuevo, y momentáneamente, más ricos a los agricultores franceses con costumbres de Alí-Babá en sus métodos de ahorro.

Por fin, al penetrar en el nuevo año, el oro de Moscú, debido a compras masivas en Occidente los pasados años, está, según los expertos, a un nivel tal vez cuarenta o cincuenta por ciento inferior en el nivel de reservas al que estaba hace un par de años. Y el problema soviético es tener tanto oro bajo tierra en Siberia, no en Moscú. Porque el aumento de sus necesidades tecnológicas y de compra facilitado por la detente, les puede poner en la disyuntiva de vender más toneladas fuera de casa. Y si venden demasiadas, el precio baja. Y no es que les odien de nuevo los agricultores franceses. Es que reducen su propio valor adquisitivo.

Félix ORTEGA